

EL SECRETO DE LA FUENTE VIEJA

Morales miraba al futuro incierto con cierto miedo. El pánico le subía por las rodillas embarradas por las lluvias de los últimos días, la saliva se le atragantaba. Miró la cantimplora, esperanzado de encontrar una lágrima, una mísera gota de agua, pero estaba completamente vacía. Miró a González, su compañero de guardia. Era un hombre de hombros anchos, barba desaliñada y ojos oscuros, apagados. Tenía cara de haber vivido muchas tragedias. Nació en los años 90, y vivió el desastroso 98 como crío y la guerra de Marruecos como joven soldado. Y aquí estaba, otra vez siendo un extra en otra gran tragedia. La guerra iba a enfrentar a hermanos, primos, abuelos, padres, amigos, conocidos, vecinos, camaradas. Morales y González habían decidido sublevarse, como muchos otros, porque no creían en la República. Pero tampoco creían en las ideas de Paco. Tal vez solo deseaban escapar de la miseria y la mediocridad imperantes en la vida de la gran mayoría. Ya no había muchas cosas en las que creer en esos momentos de zozobra y pobreza.

- Dicen que los rusos les han dado unos T-26 -dijo de repente González, oteando el horizonte- Tanques rusos en Seseña. Quién lo iba a imaginar...

Morales había nacido en Seseña en 1910. Era un pueblo tranquilo, muy agrario. Sus padres habían sido agricultores, habían trabajado toda su vida por una miseria, por unas monedas para vivir en pura miseria. Jamás habían aprendido a leer o a escribir. Eso era cosa de ricos, de aquellos que contaban monedas como si fueran migas de pan.

- El pueblo está muy tranquilo -advirtió Morales- Es extraño, para lo que está por venir.

- La calma precede a la tormenta.

- Claro, para ti es fácil decirlo, González. Esta no es ni tu primera guerra ni tu primera batalla.

- ¿Qué más da eso, Morales? Si al final, tu muerte contará tanto como la mía, es decir, cero. Venga, vamos a ver si queda algo de agua en la fuente.

La Fuente Vieja de Seseña había sido un punto neurálgico para los pueblerinos desde tiempos inmemoriales. Allí se cogía agua para abastecerse o para limpiar la ropa sucia. Al lado de la fuente había un lavadero, y las aguas, reflejadas a la luz de la tarde, estaban turbias e inmóviles. Para Morales, todo a su alrededor estaba moribundo, casi consciente de lo que iba a ocurrir. La guerra iba a arrasar con todo, sin contemplaciones. Con la felicidad, la esperanza, incluso el amor. Y Morales no podía hacer nada para evitarlo.

¿Cuánto hacía que no la veía, que no podía acariciar su piel, juntar su boca con la suya en una conjunción celestial? ¿Dónde quedaba el amor cuando una panda de viejos quería pelearse por el poder? ¿Dónde se hallaba la ternura, hacia dónde se dirigía el placer? Voces acalladas, muerte hacia el este, el oeste, el norte o el sur. Tan solo un futuro de cicatrices y heridas ante todos. La rosa se había podrido, el árbol quebrado, los arbustos quemados. Una mirada al sol, quemándote la piel, recibiendo una oscuridad que eternizaba. El sonido de las balas perforando corazones, la sangre pegada a la piel, los vítores de los vencedores, los lamentos de los perdedores. Entre todo esto, Morales aún contaba con una gota de esperanza de volver a verla.

Se llamaba Claudia. Había nacido en Seseña también. Era una joven hermosa, qué más decir. Su pelo olía al rocío fresco de la mañana, sus cabellos, dorados como la miel. Con ropas sencillas era la emperatriz del corazón de Morales, palpitante por la belleza de la dama. Morales siempre la veía pasar por delante de la Fuente Vieja, sí, esa Fuente Vieja que ahora se erguía solitaria y en desuso, oscura, tenebrosa, negra. Su caminar, sus gráciles movimientos se le habían quedado guardados en su memoria a fuego. El amor era un sentimiento imparables, excepto si había un horror de tal magnitud de por medio.

El horror llegó, como no podía ser de otra manera.

Fue al amanecer. Morales iba con algunos camaradas, entre ellos su capitán, Sánchez Pérez. Era un hombre algo rudo, y muy mandón, pero un buen líder. González era casi su mano derecha, su sombra, un apoyo en donde refugiarse. La niebla había invadido las calles de Seseña, el ambiente no podía ser más mortuorio. Al parecer, habían avistado varios carros de combate por la zona. Probablemente serían de los nuestros. González se puso a mi lado.

- Parece que por fin llegan los refuerzos.

- Sí, ya era hora -dijo Morales mirando a su alrededor. La niebla era muy espesa. Sánchez Pérez había detenido la marcha. Los carros estaban unos metros más adelante, e hizo un gesto para que se detuvieran- A ver si ya podemos...

Pero Morales no pudo acabar su frase. No había tiempo para eso.

De repente, su grupo comenzó a recibir disparos. Sánchez Pérez cayó al suelo. Morales se movió rápido y pudo esconderse tras una pared, y González llegó medio segundo después.

- ¡Gentuzá! -gritó Morales. Los disparos seguían siendo intensos. Parecía que los otros compañeros de Morales querían dar guerra- Vamos González, no moriré sin pegar un par de tiros...

Pero González no se movía. Lo único que hacía era mirarse el abdomen. Mirarse toda esa sangre que le brotaba de la barriga.

- ¡No me fastidies, González!

Morales zarandeaba a González, pero éste casi ni se movía. Se moría. Sabiendo lo que iba a pasar, González lanzó su último aliento:

- Vamos...hijo...sálvate...huye de aquí...

- ¡¡¡GONZÁLEEEEEEEZ!!!

Morales giró la cabeza, buscando una posible huida. Iba a cumplir con la póstuma voluntad de González, iba a escapar del horror de la guerra para regresar con Claudia. Se lo debía, pues González se había convertido en una especie de amigo, un camarada, un hermano mayor. Y a los hermanos mayores se les obedecía.

Morales fue corriendo entre las callejuelas del pueblo. Oía que los disparos comenzaban a expandirse por el pueblo, el ataque estaba progresando. Pero él conocía una especie de atajo para salir del pueblo con vida... y la solución estaba en la Fuente Vieja.

No había nadie. La fuente seguía allí, soltando agua a pequeños chorros. Morales fue hasta el lavadero. La salida secreta estaba allí. Algo asqueado, pero más preocupado por su vida que por sus olores, se metió en el agua. Estaba asquerosa y pútrida, pero Morales podía vislumbrar el hueco que había en el fondo. Se metió por ahí y, tras un par de brazadas, llegó a una especie de galería subterránea usada en tiempos de paz para almacenar alimentos. Pero ahora servía para un propósito muy diferente.

Morales estuvo como media hora recorriendo esas galerías. Eran una especie de cuevas excavadas bajo tierra, con huecos preparados para depositar alimentos y otras cosas a conservar. Vio a un ratón mordiendo un pedazo de queso podrido. Morales consiguió, al fin, ver una salida. Tal y como sospechaba, había conseguido salir de Seseña, que ahora se erguía en llamas. Morales no pudo evitar llorar. Tanta guerra, tanta muerte, tanto dolor, para esto, para lo otro, para aquello, para NADA.

FIN